

# Historias de la radio

Escribe: Antonio Pereira

"Antonio Pereira nació en tiempos de don Miguel Primo de Rivera. Fue niño cuando la República. Con Franco se puso de pantalón largo y con Franco entra, casi en la tercera edad. Con la democracia le dicen que algunas cosas ya no son pecado. A buenas horas. Ha publicado poemarios, más algunas novelas y centenares de cuentos, género, éste, que le place mucho. Le dieron algunos premios. En RESEÑAS y CONFIDENCIAS cuenta cosas suyas y de los demás, viajes, manías y celebraciones. El mismo se encargó de redactar estas líneas de identidad sin desear da intención laudatoria (pero, tampoco, con la intención contraria...)"



Escribo en los periódicos, pero, también, me gusta la radio, aunque apenas colabore con ella. A mis amigos de la radio los envidio -innoblemente- porque saben darse postín: desde el director del "espacio" hasta el seleccionador de los discos y el controlador del control y el que va al frente de la unidad móvil. Es como si en un artículo o en un relato impreso se dijera que el diagramador se llama Fulano; que Fulanita y Menganita han actuado de "perforadoras"; y que el corrector de pruebas (el señor lo ilumine) responde por talo cual

nombre.

"¡Adelante, Pepito Pérez de la Escalera!"- se les oye a los chicos de la radio-

"¡Si, Celestino Benavides del Olmo!" como si el mundo estuviese pendiente de sus exhibiciones onomásticas,

Esto no ocurría en "aquellos tiempos". Ni Antonio Carvajal en Lugo ni don Eliseo Arias en León se glorificaban a sí mismos ante el micrófono de aro, ellos y, sus segundos de a bordo, nos recordaban el título de la pieza que acabábamos de escuchar y anunciaban el título de la que venía a continuación, serios, sin familiaridades, y todos los oyentes comprendíamos que aquellos

señores invisibles tenían una meditada cuartilla en la mano, y tenían la americana puesta aunque fuese pleno verano.

A Ramón Beberide, que fue un personaje importante de la radio en España, yo nunca le oí hablar por la radio. Hablaba mucho cuando andaba de callejeo con los amigos, y mejor si eran las tantas de la noche, mejor todavía si estaba a punto de amanecer. Ahora me da pena no haberle preguntado muchas cosas sobre aquella aventura insólita de los primeros años treinta, cuando se le ocurrió montar unas emisoras que al cabo de medio siglo, siguen funcionando y creciendo. Pero lo que me intriga sobre todo, es que el emprendedor villafranquino viviera casi siempre en su pueblo, mientras aquellas estaciones propagaban noticias de república, y luego los bandos del alzamiento y las charlas de Queipo de Llano, y luego la alta posguerra, la baja posguerra, la transición y la democracia. De Villafranca han salido hombres de empresas de bastante categoría, contrariando la idea de que somos un pueblo indolente y contemplativo, lo que pasa es que los negociantes de Villafranca profesan la fe de que un negocio no vale la pena si no le deja a uno vivir a su gusto, ahí está Paco Pérez Caramés, que mueve trenes de vino y lo mismo se viste el traje de la rondalla que pierde de vender unos fudres porque le acaba de llegar el último número de la Revista de Occidente.

Cuando el correr de los tiempos recortó la ganada exclusividad de Beberide, aparecieron en nuestros aires otros indicativos (me parece que el indicativo de una emisora es como la mancheta para un periódico), yo me acerqué una noche a los estudios de una nueva radio de León, que tenía un aire algo clandestino. Y eso que era una radio medio oficial. Me acerqué a la competencia con remordimiento, como si le estuviera haciendo a mi paisano una felonía, pero es que había venido el poeta Leopoldo Panero. El director del invento era Luis López Anglada, y a Anglada, como es natural, lo único que le importaba eran los versos. Parece que estoy oyendo el decir grave y monótono de Panero:

Camino del Guadarrama nieve fina de febrero

ya la orilla de la tarde

el pino verde en el viento

Allí mismo, malamente acomodados entre cables y folletos de propaganda, Panero me dedicó su ESCRITO A CADA INSTANTE. Después nos pusimos a beber largamente y la poesía siguió llenando la madrugada fría. Anglada me invitó a que una noche fuera yo mismo a la emisora a decir mis versos. La espera se me hizo insoportable. Llegó la gran ocasión y yo llegué a las casi secretas oficinas, mudado de limpio y con una carpeta abultada. Media

hora estuve leyendo loas al paisaje, sonetos a la Virgen de la Encina, poemas amorosos con clave que sólo la interesada pudiera descifrar. Hasta que abruptamente me avisaron para que no siguiera leyendo, porque la emisora había estado apagada todo el tiempo: se habían olvidado de enchufarla.



Ramón Beberide era hijo de su pueblo, un poco poeta y tabulador"  
(Locutorio de Radio Lugo en los años 50)

Ramón Beberide fue siempre un caballero. Me dijo que nuestra amistad estaba por encima de todo, pero que era una lástima que mis poesías fueran a oírse únicamente en la avenida de José Antonio, a lo más en la calle Sampiro. Radio León, Radio Lugo, se oían en los lugares más asombrosos. Beberide juraba que él mismo había conseguido sintonizarlas en Madrid, en Tarragona, en la isla de Madeira, o no sé si dijo en las Azores, también hacía falta que la noche estuviese propicia. Ramón Beberide era hijo de su pueblo, un poco poeta y fabulador.

,

# LA VARA

ESCRIBE: ANTONIO PEREIRA



No siempre estoy de acuerdo con mi hermano Pepe, pero nunca, nunca he dejado de admirarlo. Es el mayor, al fin y al cabo, y ya desde niño se le veía la inteligencia. Si alguna vez le tuve envidia por su fortaleza física, o por la guitarra, o por lo pronto que le salían los problemas -Dios me haya perdonado-, cuénteseme como envidia noblemente sentida y amorosa, que no mancha.

Recuerdo una vez que mi padre nos llevó a Lugo, al San Froilán. Pepe y yo íbamos de estreno: Pepe, propiamente hablando; yo, casi, casi, pues vestía, por primera vez, un traje recién arreglado, que, a mi hermano, le quedaba raquítico. Fueron cuatro horas hermosas sobre la baca del viejo ómnibus de Lisardo, jugándonos la vida -ahora me doy cuenta- en cada viraje por Piedrafita y Cruzul.

Resultó que Lugo era una ciudad grande y maravillosa. Yo, de niño, amaba por la Geografía de Paluzie las ciudades maravillosas y lejanas, como Burgos y Constantinopla. De tal clase me pareció a mí, Lugo, vuelvo a decir, con sus ríos de gente marcada por el gozo de la Fiesta. Lástima que nuestro padre, ceremonioso se entretuviera tanto en la visita a los parientes. Había que saludar a los de la calle San Pedro, y, antes, a los de San Roque, cerca del cuartel de Las Mercedes, donde nos deteníamos embobados, mi hermano y yo, mirando para el centinela.

Los parientes eran muy atentos; nos recibieron con cariño. Advertía yo que sus primeros esparajismos los dedicaban a mi hermano, que estaba mozo y guapo, de verdad, con los ojos bailándole de puro listo. Luego, de rechazo, no dejaban de llegarme a mí el cumplido y la caricia.

En el Ferial conocimos a los primos de otra rama, de vínculo muy lejano. Venían, desde sus altos montes, para vender yuntas y otros aperos, y varas, muchas varas. Miles de varas, que parecían idénticas, habían llegado a la feria de Lugo, sin que en mi tierna infancia alcanzara a comprender su necesidad en tal gran número. Luego supe que servirían de agujadas, pero había muchas más varas que cabezas de ganado en la provincia, de modo que, el sobrante, se vendía de una en una, y cada feriante compraba la suya, y con ella andaba todo el día: unos, llevándola como distracción o apoyo; otros, para bromear y retozar a las mozas en el trasero.

Un tío nuestro, rudo y desastrado, comía una especie de tocino, cortándolo con navaja que empuñaba su mano sucia. Debió de verme cara de asco; dijo que no me apurara, pues solo era carne de cerdo sarnoso. Exageraba adrede, por hacerme rabiar pues luego comprendí que era carne, simplemente, de perro. A mí casi me daban miedo aquellos hombres, pero mi hermano hizo buenas migas con ellos. El tío Genaro le regaló a mi hermano la mejor vara.

Nos despedimos. Mi padre dijo de comer el pulpo en lo que llaman La Mosquera. El día transcurría feliz para nosotros, con músicas y gaiteros, hasta que Pepe olvidó la vara, no podía recordar dónde. Mi hermano le había cogido ley a aquella lanza de fresno, o de avellano. Yo no acertaba a comprenderlo, pero me entristecía ser testigo de su pena. Los tiovivos, la mujer de las dos cabezas, el pájaro que adivinaba el porvenir... Todo era aborrecido por mi hermano que quería su vara y ni siquiera se conformaba con otra parecida.

Cuando el sol se ponía por el Parque y empezaba a decaer el bullicio, y nuestro padre había escuchado la Negra Sombra, llegó el momento de decir adiós a la ciudad.

A madre no la olvidamos: en la calle de "La Reina" vendían los mejores dulces. Fue en la confitería de don Alejo Madarro donde aconteció lo increíble: mi hermano, que no salía de su tristura, pegó un brinco como si le hubieran metido una perdigonada en el rulé y corrió a gritos detrás de un rapaz: "¡Mi vara!" "¡Que es mi vara!". Y era, justamente, la suya, entre las miles de varas que aquel día se vendieran. El mozalbete, bastante mayor que mi hermano, tiró el forestal trofeo sobre la acera y salió pitando...

Quienes vieron el lance pronosticaron un porvenir brillante para Pepín, y un señor con barba, diputado a Cortes por Becerreá, dijo que eso de la vara podía ser un símbolo, y que acaso mi hermano llegara a ser un alcalde tan limpio y principal como don Ángel López Pérez.



"Tu padre, que sabía escaparse a las fiestas luguesas de San Froilán... "

(José Pereira, en 1969)

La verdad: mi hermano no hizo carrera política, aunque a punto estuvo de ser concejal, después de la guerra. Pero no tiene un pelo de tonto. Yo, que fui incapaz para el comercio y me quedé en escribidor de historias, digo que mi hermano no tiene un pelo de tonto. Ahora anda viajando las pilas de linterna por la parte de Orense, y vive como Dios.

Del libro «Una ventana a la carretera» Premio «Leopoldo Alas», 1967